

Más cerca de las estrellas

Miro la calle a través del ventanal. La mañana de sol, el río de autos en la avenida, la gente que se agrupa en la esquina esperando que el semáforo les deje cruzar. El ruido del pocillo al apoyarse sobre la mesa me devuelve a este lado del vidrio. Alzo la cabeza para mirar al mozo que me acaba de dejar el café.

—¿Se acuerda cuando se podía fumar? —le pregunto. Me refiero a fumar adentro, en el bar.

—Era un humerío esto —dice, y supongo que no le agradaba.

Le observo los pocos pelos aplastados sobre la cabeza blanca y pecosa; unos hacia un lado, unos hacia el otro, en un intento de recordar por dónde alguna vez pasaba la raya. Lleva los dos primeros botones de la camisa desprendidos, el del cuello y el que le sigue. También los mozos han cambiado. Vuelvo con mi idea:

—¿Se da cuenta de que desde que hicieron esa barbaridad el olor de los bares no es el mismo? —junto los dedos y los froto delante de mi nariz para complementar la frase—. Antes te podían llevar con los ojos vendados a un bar y, por el olor del ambiente, sabías qué tipo de boliche era, en qué lugar de la ciudad estaba. En los del sur se fumaba más negro que rubio; en los de la orilla, más armados que con filtro; en los del centro no faltaba el finoli que se prendía un cigarro holandés, o una pipa. El olor al tabaco definía la esencia del bar, mi amigo. Le marcaba la personalidad, el carácter. Ahora los han desvirtuado —resumo—. Ya no se diferencian uno de otro.

El mozo señala el vaso de soda sobre la mesa.

—¿Así está bien o le traigo uno más grande?

—Así está bien —le digo. Y se va.

Regreso a la ventana que da a la avenida. El tráfico de autos y de peatones se ha intensificado en la última media hora. Observo al policía parado en la esquina, quieto como una piedra. Tiene un

auricular metido en el oído derecho y desde ahí le baja un cable negro que se pierde en algún recoveco de su pechera inflada. Le veo la mirada perdida, sin pestañear bajo la sombra de la gorra, y se me antoja una estatua viviente; de esas que le ponés un billete en un tarrito a los pies y empiezan a moverse muy despacio. Me pregunto qué haría si fuera hasta ahí y le dejara cinco pesos. ¿Llevaría lentamente su mano al intercomunicador y con voz grave y arrastrada daría aviso de la presencia de un sospechoso? ¿O su brazo se movería en cámara lenta hacia su cintura para desenfundar la pistola, apuntarme al pecho y apretar el gatillo? ¡TUFFF! sonaría el disparo. Y yo vería salir de la boca del arma la bala color bronce. Los tiempos de la estatua me darían la oportunidad de ver el proyectil venir hacia mí, medir su velocidad, jugar al torero. Me apartaría con elegancia de su trayecto, para que pase justo por debajo de mi axila, atravesase la vereda y dibuje un hueco telarañado en la ventana del bar. La bala seguiría su curso, lenta, y terminaría incrustada en la cabeza de algún desgraciado que en ese momento se llevaría una medialuna a la boca.

Lo que es estar al pedo, me digo. Miro el reloj y voy por el primer sorbo de mi segundo café. Once menos cuarto. Me prometo esperar a Griselda quince minutos más. Si no llega antes de las once, me voy. En otra época, ni se me hubiera ocurrido venir. Pero hace meses que no tengo noticias de ella y no quiero volver a decirle a Mariela, la próxima vez que me llame, que no sé nada de su madre. Además, Griselda me había anticipado que tenía algo muy importante para decirme, y desde ese momento no dejé de especular sobre el asunto. Sabía que podía salir con cualquier cosa. Que la iba a sacar de nuevo a la hermana del geriátrico para llevarla a vivir con ella; que iba a hacer un nuevo intento de reflotar la peluquería; que se había enamorado (una vez más) de otra mujer; que se iba a pasar unos días a un lugar de nombre aborigen donde comen sólo verduras y cortan la luz a las nueve de la noche... En el vasto abanico de posibilidades que Griselda era capaz de desplegar, hasta llegué a pensar en la probabilidad de que me propusiera volver a vivir juntos, para lo cual yo ya había preparado una lista de argumentos que justificaban mi negativa.

Me vienen ganas de prender un pucho, pero me las tengo que aguantar. Aunque afuera el otoño ya se hace sentir, el sol atenúa el fresco de la mañana. La gente se mueve al ritmo de una jornada laboral, sin pausa e ignorando la presencia del otro. En la vereda, el policía sigue estático y un viejito con gorro de lana vende paquetes de praliné a tres por diez. Miro hacia el bar de la esquina de enfrente y veo un hombre sentado a una mesa pegada a la ventana. El tipo lee plácidamente el diario, y aunque me es imposible desde aquí ver su gesto, noto a la distancia que está relajado y que el tiempo no lo apremia. Un hombre sin preocupaciones, me digo, y, en cierto modo, lo envidio.

Acabo mi café y busco la hora debajo de la manga de mi pulóver.

—Hola —la voz de Griselda me sorprende. Me levanto para saludarla. Nos damos un beso en la mejilla—. Se me hizo un poquito tarde —dice, mientras se sienta—. Hasta que salí de yoga y me pegué una ducha...

—Claro.

—¿Cómo andás? —me pregunta con una sonrisa.

Parece más joven desde la última vez que la vi. Advierto menos arrugas en su rostro y noto que algo se ha hecho en el pelo. A pesar de sus cincuenta largos, todavía conserva en sus ojos ese ímpetu de adolescente que siempre le conocí.

—Todo bien —respondo.

El mozo se acerca y nos pregunta con la mirada qué vamos a tomar.

—¿Qué tomás? —verbalizo la consulta.

—Un té verde.

—Otro café para mí.

Antes de irse, el mozo se inclina sobre la mesa para levantar los dos pocillos anteriores y repasarla con un trapo húmedo.